

## CAPÍTULO UNO

Vivía satisfecha en la vieja casa, tan importante para ella, cuando una fuerte explosión captó de repente su atención y la arrastró a esa tierra de nadie donde quedaba varada entre la antigua morada y la nueva, entre el pasado y el presente. Sin embargo, «varada» no era la palabra exacta, pues sugería un estado carente de capacidad de movimiento, mientras que los olores, las voces y los pensamientos del pasado se apresuraban a fusionarse con los recién llegados del presente, de dudosa procedencia, provocando delirantes remolinos de confusión en su cabeza. Y, violentamente agitada por esa confusión, ella, una mujer para quien la vida debía expresarse mediante el movimiento, por doloroso que fuera, corrió de inmediato a la ventana, miró la calle sin verla, luego corrió a la puerta de su dormitorio y aguzó el oído y, por último, bajó por las escaleras a toda velocidad y gritando con tono indignado:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sido ese ruido?

Al pie de las escaleras, el silencio que la rodeaba la hizo detenerse y tratar de recordar de quién debía esperar una respuesta a su pregunta. ¿Dónde estaba Caxton? No, Caxton, su fiel criada durante años, se había marchado; la habían dejado sola con otra gente: con una cocinera. En ese momento no recordaba el nombre de la nueva cocinera. No importaba, ella podría explicarle qué había causado aquel ruido tan horrible. Y llamó a la cocinera en voz alta.

No obtuvo respuesta. Se dirigió a las escaleras que llevaban al sótano y volvió a llamar con más insistencia. Esta vez oyó un susurro y una voz grave que decía:

—Kathleen, te está llamando.

Una voz irlandesa exclamó:

—¿Qué pasa ahora?

Recordó de qué cocinera se trataba. Era la guapa y cascarrabias, la de piel rosada y cabello negro y lustroso que se llamaba Kathleen.

—¿Qué ha sido ese ruido, cocinera?

La cara de Kathleen apareció al pie de las escaleras.

—Ah, no ha sido nada, solo una bomba de relojería que ha hecho explosión. Ha pasado a varias calles de aquí. ¿Usted no estaba haciéndose la cama?

Ella bajó las escaleras con impaciencia.

—¿Una bomba de relojería? ¿Es un nuevo tipo de bomba? ¿Cree que alguien habrá resultado herido?

—No, nadie ha resultado herido —repuso Kathleen impidiéndole el paso—. Ayer se llevaron a la gente. ¿Por qué no termina de arreglarse el pelo? Tiene un aspecto horrible tal como está.

¡Qué grosería! Se llevó la mano a la cabeza y notó que un mechón de pelo le caía sobre el hombro. Sin embargo, ¡no era propio de una criada hacer esa clase de comentarios! Pero a medida que la grosería daba paso a la ira, su conciencia le recordó que había algo familiar en esa falta de modales. Ya había ocurrido antes, y existía alguna razón por la que no debía ser objeto de reprimenda. No obstante, ¿qué razón podía haber para que una criada le hablara así a su señora?

Por encima del hombro de Kathleen vio a una mujer pulcra, pálida y de mediana edad sentada a la mesa del salón, sobre la que había una tetera y dos tazas.

—¿Quién es esa sentada ahí?

—Sabe muy bien quién es. Es la señora White, que viene todos los lunes a ayudar con la colada.

—Claro, claro. Tengo que hablar con ella. —Pasó junto a Kathleen—. Buenos días, señora White.

—Buenos días, señora.

La mujer se había levantado a medias de la silla, apoyando el codo en la mesa. El gesto era incómodo, pero pretendía ser respetuoso y, por tanto, verse recompensado con gentileza.

—Espero que se sienta cómoda.

—Sí, gracias, señora. —La mirada de la mujer se había desviado de ella hacia la tetera. Probablemente la hacía sentir culpable que la hubieran sorprendido allí sentada tomando té en lugar de lavando la ropa.

—Tiene mucho trabajo que hacer, lo sé. Kathleen, ¿le ha dado a esta señora las sábanas que ha quitado de mi cama?

—Ya se cambiaron ayer. Me extraña que no lo haya visto, y eso que se hace usted misma la cama. Pero supongo que todavía no se la ha hecho. ¿No sería mejor que fuera a acabar de hacerse la cama?

¡Otra impertinencia! ¡Una criada preguntándole a su señora si se había hecho la cama y casi ordenándole que fuera a hacerla! ¡El mundo al revés! ¡Gilbertiano! ¡Realmente cómico! Pero no serviría de nada señalarle eso a Kathleen, porque recordaba haber oído comentar a alguien que la verdadera brecha entre una misma y las clases trabajadoras residía en que nunca apreciaban la ironía. Por supuesto, también estaba el eufemismo *cockney*, pero eso era distinto...

—Me tomaré una taza de té con usted, señora White. Hay algo tan acogedor en que las mujeres se sienten juntas a cotillear por las mañanas, ¿verdad? —dudó un instante, preguntándose si era por la mañana o por la tarde, pero la mirada serena de la señora White la tranquilizó—, cuando todos los hombres están trabajando o, por lo menos, fuera de casa. Kathleen, traiga otra taza.

—No queda té, o solo un trago convertido en pulpa, tras tanto rato en infusión —repuso Kathleen quitando la tapa de la tetera

marrón para mirar dentro y volviendo a cerrarla de golpe—. Y ahora no le apetece té: solo hace una hora que ha desayunado.

—Sí que quiero. Francamente, cocinera, creo que sé mejor que usted si me apetece algo o no.

—El agua ya no hierve. Tendrá que esperar a que lo haga.

—Pues esperaré —contestó ella con entusiasmo. Volvía a ser una niña que desafiaba a su enfermera, que desafiaba a su institutriz. Por lo general, se podía sacar el mejor partido de la gente a la que pagabas para servirte si empleabas toda tu energía e imponías tu voluntad, sin transigir. A las institutrices no les gustaba que gritaras, porque eso hacía que interviniera tu madre. En sus rostros feúchos y preocupados aparecía una mirada tensa, que los volvía incluso más feúchos y preocupados. Pero si no luchabas contra ellas, se ponían insolentes contigo.

Sin embargo, cuando se volvió con gesto triunfal, Kathleen ya no estaba allí. Se había ido a la antecocina y ahora la señora White se alejaba también de ella, con una taza y un platillo en la mano.

—¿Adónde va?

—Voy a empezar mi trabajo, señora.

—Por favor, espere un momento. Puede esperar un momento, ¿verdad? Hasta que Kathleen me traiga el té. Hablemos un poco. ¿Cómo está su marido? ¿No me dijo que estaba enfermo o algo así?

—Está muerto, señora. Murió hace ocho meses.

—¡Madre mía! Qué estupidez por mi parte haberlo olvidado. Ahora lo recuerdo muy bien. ¿No se siente terriblemente sola sin él? Sé cómo es perder a un marido. Mi marido se fue con otra mujer, ¿sabe? Pero creo que ahora está muerto. Sí, estoy segura de que está muerto. Pero ¡qué soledad! ¿Cómo soporta la soledad?

—Lo echo de menos, pero tengo a los niños. Y me tienen bastante ocupada, además del otro trabajo. Y con la guerra, y con los problemas que tiene la gente...

—¡Ah, sí! La guerra. Sé que hay una guerra en marcha. Todo el mundo insiste en ello. En realidad, es una tontería darle tanta importancia.

—Es una guerra espantosa, señora —dijo la señora White con leve tono de sorpresa—. ¡Esos ataques aéreos! El de la noche del sábado fue terrible, causó muchísimos daños.

—Sí, me lo imagino... ¿Hubo uno? Pero hablar del tema todo el tiempo, como hacen algunas personas, como hace una mujer vulgar que viene a verme, es muy fastidioso. Interrumpe la conversación, ¿no cree? Siempre ha habido guerras, y siempre las habrá, y dejarse obsesionar por ellas es convertirse en una persona con una idea fija. ¿Murió su marido en la guerra?

—No, qué va, era demasiado viejo para ir. Fue una úlcera de estómago, y los dolores acabaron con él.

—¡Qué horror! Pero la gente muere a menudo de formas espantosas. ¿Recuerda lo que escribió aquel dramaturgo irlandés, Synge, sobre que la muerte debería ser un asunto pobre y desastrado incluso si es una reina quien muere? No, quizás no lo sepa. —Kathleen entró en la habitación con una taza de té—. Pero usted sí debería conocerlo, Kathleen, siendo irlandesa como es. Ha oído hablar de Synge, ¿verdad?

—No. Aquí tiene el té. Y cuando se lo haya tomado, ¿querrá ir a hacerse la cama? Nos interrumpe en nuestro trabajo.

—¡Que me haga la cama! ¿Por qué debería hacerme la cama? ¿No me la hace usted?

—Siempre la hace, porque se quejaba de que no le gustaba cómo la hacía yo. Lo sabe muy bien.

—Debe de haber sido que no le daba la vuelta al colchón. Ah, ya me acuerdo, nunca remetía las mantas y se me enfriaban los pies.

—Eso es mentira —espetó Kathleen con frialdad, dándole la espalda—. Pero diga lo que le apetezca. Ya estoy acostumbrada.

Kathleen se había alejado, aunque dejando una frase en su estela. Y ella exclamó:

—Pues sí, diré lo que me apetezca. Esta es mi casa.

Empezó a dar sorbos al té. No sabía bien, estaba medio frío.

—Cocinera, este té no se puede beber. Está espantoso.

No hubo más respuesta que el ruido de tazas y platillos en la habitación contigua. No era lo que ella había planeado, en absoluto. Había creído que las tres podrían mantener una charla interesante junto al fuego de la cocina, porque una escritora siempre debe sacrificar su dignidad ante la posibilidad de obtener material para escribir. Y a veces los criados podían... miren si no a George Moore y Esther Waters. Apartó la taza con gesto enfurruñado y exclamó:

—No pienso beberme esto, me niego.

Seguía sin obtener respuesta. Se levantó y abrió de par en par la puerta de la antecocina. Kathleen, agachada, vaciaba hojas de té en un cubo; la señora White hurgaba en las sábanas hundidas en una gran tina de agua azulada y jabonosa. Le daban la espalda y el revuelo de actividad que sugerían la hizo desistir, así que se dio la vuelta para irse.

—Pues qué extraordinario que no pueda tomar una taza de té en mi propia casa —dijo para sí, subiendo rápidamente las escaleras del sótano. Lo repitió al llegar al vestíbulo, con la esperanza de que se abriera una puerta y apareciera un rostro compasivo. Y murmuró para sus adentros mientras subía más y más hasta llegar de nuevo ante la puerta de su propio dormitorio.

Pero cuando cruzó el umbral y paseó una mirada expectante alrededor, el interés de llegar a un nuevo escenario apartó el doloroso significado de aquel reiterado gruñido de sus pensamientos, que ahora describían picados vertiginosos como una gaviota en vuelo que hubiese perdido, o casi, el hábito de moverse en una espiral formada por la secuencia de impresiones. Esa habitación que había sido su dormitorio durante tantos años tenía la cualidad de poder transportarse, como una alfombra mágica, a otros escenarios, pero en el tiempo, no en el espacio. Así, la cama a medio hacer

le sugería ahora que estaba viviendo en aquella época en que su padre estaba enfermo y requería más personal de servicio, y ella se había ofrecido a arreglar por sí misma su habitación. Cuando estiraba la ropa de cama y la remetía bien, en el acogedor rincón de la rutina penetró la expectativa de visitar a su padre en el dormitorio contiguo y preguntarle, tras un beso diligente, cómo había pasado la noche. En la compostura inducida por esa expectativa, terminó de arreglar la cama con cuidado, alisando las arrugas del cubrecama y estirando el edredón con manos sensibles a la suavidad del tafetán.

Se acercó al tocador y, observándose en el espejo, se sorprendió al darse cuenta de que el pelo le caía en desordenados mechones sobre la cara. Al echar mano del peine y las horquillas, también fue consciente de haberse llevado una impresión desagradable, tanto que la hizo detenerse y coger el espejo de mano.

¡Vaya, pero si tenía el pelo blanco! Eso era lo que la había perturbado. ¡Cómo no! Su padre se llevaría una desilusión, pues siempre había alabado sus bonitas trenzas castañas. ¿Se habría dado algún susto que se lo había vuelto blanco de la noche a la mañana?

Esa frase llamó su atención, y eso la despojó por tanto de su significado anterior. El cabello volviéndose blanco de la noche a la mañana era sin duda una de las más estúpidas convenciones del novelista melodramático. En su propia experiencia no recordaba que semejante cosa hubiera sucedido. En su caso, recordaba haberse arrancado una cana tras otra hasta el momento (¿había llegado o no?) en que le ganaron la batalla. No, era una convención, una de las muchas que los novelistas sacaban como si tal cosa de su bolsa de trucos, como la de la inocencia y la bondad... ¡menu- da tontería! Como si los inocentes pudieran ser buenos de verdad. Recordó haber debatido eso con aquel escocés que se había escandalizado tanto cuando ella le dijo que no era virgen. ¿Cómo se llamaba? Luego estaba aquel hombre popular y bastante inteligente que escribía aquellas sandeces sobre la naturaleza siniestra de los

chinos, haciendo de ese modo que los incultos y los que no habían visto mundo, es decir, toda la clase media-baja británica, creyeran por siempre jamás que los chinos eran siniestros e inescrutables, dando lugar así a la noción del Peligro Amarillo. Peligro Amarillo, Viejo Verde... Laguna Azul, ¡cómo les gustaban los colores! Como si fueran aburridos feligreses a los que hubiera que espabilar mediante imágenes de las llamas del infierno... Sus pensamientos siguieron a toda mecha de aquí para allá, hasta que un escalofrío le recorrió la espalda, despertando en ella la impaciente sensación de que no debía perder más tiempo. Había algo que debía hacer, algún lugar al que debía ir. ¿Adónde?

Sí, a ver a su padre y preguntarle cómo le iba. Salió con su habitual paso ligero de la gran sala de estar en lo alto de la casa, cruzó el rellano y llamó a la puerta de la habitación contigua. No hubo respuesta, de modo que entró.

La cama, hacia la que sus ojos se dirigieron de inmediato, con su grueso cubrecama blanco de nido de abeja, estaba vacía. También lo estaba la habitación, que desprendía el olor a humedad de un largo desuso.

Permaneció inmóvil, tensa y atenta, como era su costumbre durante la precipitada transición del pasado al presente, o al presente imperfecto.

Por supuesto, su querido papá había muerto. Hacía muchos, muchísimos años. Cómo podía haberlo olvidado si recordaba muy bien el ominoso sonido del ataúd cuando lo bajaban por las escaleras, mientras ella hacía todo lo posible por distraer la atención de su madre fingiendo que el vino que estaba tomando se le había subido a la cabeza y la había achispado un poco, y la hacía parlotear febrilmente de una cosa tras otra.

Sí, ¿cómo podía haberlo olvidado? Porque estaba perdiendo la memoria. Siempre andaban diciéndoselo. Y tras aquel recordatorio, pronunciado por rostros con sonrisas falsas, o aburridos o impacientes, siempre captaba cierta sensación de amenaza.

Pues ¿qué hacían con quienes habían perdido la memoria por completo? Los encerraban en manicomios. Por eso debía tener tanto cuidado, en todo momento. Supongamos que alguien la hubiera visto llamando a la puerta de una habitación desierta porque creía que su difunto padre yacía allí, enfermo. Para algunos, con eso sería suficiente. Tenía que ser muy cautelosa... debía tener muchísimo cuidado, constantemente.

Ante ese pensamiento tan monstruoso debía tomar medidas urgentes, pero sin olvidar la precaución, al igual que una mujer con la máxima prisa por salir echa mano de la capa. Debía recordar con exactitud qué se suponía que iba a hacer ese día para que no sospecharan en ningún momento que había perdido la memoria hasta ese punto. ¿Dónde andaba la secretaria que estaba al corriente de sus compromisos? La señorita Phillips, la querida Phil, siempre una roca. Debía bajar de inmediato, a ver si había llegado.

No había rastro de Phil en la habitación del primer piso, que ahora se utilizaba como estudio. Pero sí estaba allí la máquina de escribir, y se acercó y le quitó la tapa.

—No creo que esta sea una de mis mañanas de escritura —dijo en voz alta, hablándole al teclado—. No puedo poner orden en mis pensamientos. —Y si una no ponía orden en sus pensamientos, se hacía imposible extraer de ellos, como una joya brillante, *le mot juste*. *Le mot juste* que su marido había buscado con tanto afán, que tantos artistas se habían esforzado por encontrar a costa de torturarse a sí mismos.

Revoloteaba por la habitación, cogiendo libros de la mesa y el escritorio, abriéndolos y devolviéndolos casi sin haber mirado en ellos. Últimamente había perdido la capacidad de leer con cierta concentración más allá de unas pocas páginas de las novelas que la señorita Phillips le traía a veces de la biblioteca, pero la sensación de estar rodeada de libros, algunos forjados de la materia de la literatura, hacía brotar de nuevo en ella su condición de literata. Sus cubiertas contenían gran parte de su vida, esa vida de la

mente que para ella tenía como árbitro el gusto. La forma de un libro era mucho más importante que su contenido. No lo que una decía, sino cómo lo decía. Esa era la fe que su marido y sus amigos habían profesado con tanto fervor... ¿cuánto tiempo hacía de eso? Lo había olvidado.

Fue por tanto en su condición de literata como bajó las escaleras, con paso más lento, y miró hacia el interior del comedor y luego a la sala de estar. Negando con la cabeza, se dirigió una vez más a las escaleras del sótano y exclamó:

—Kathleen, ¿no ha venido la señorita Phillips? ¿Por qué se retrasa tanto?

—La señorita Phillips no va a venir —respondió Kathleen—. No es su día.

—¿Y por qué no es su día?

No hubo otra respuesta que un gemido desesperado. Y luego:

—Porque ahora solo puede venir los sábados. Y la señora Jessup se ha ido.

—¡La señora Jessup! A ella me refería. ¿Por qué no está aquí?

—Porque se ha ido —repitió Kathleen apareciendo al pie de las escaleras—. Y con razón. Ya no va a volver. ¿Lo entiende ahora?

—¿Quiere decir que no tengo secretaria? ¿Cómo se supone que voy a hacer mi trabajo? ¿Por qué se ha ido? Le pagaba una libra a la semana solo por un par de horas todas las mañanas, y diría que ya es bastante.

Kathleen puso los brazos en jarras y habló despacio.

—Con la guerra puede conseguir una paga mejor. Cualquiera puede conseguirla. Es más, le habría dado un ataque de nervios si se hubiera quedado con usted un día más. ¿Ya le ha entrado en la sesera y por fin va a dejarme en paz? No puedo pasarme la mañana gritándole por las escaleras.

—¿Y qué me dice de que yo tenga que gritarle escaleras abajo? Porque si toco el timbre no viene. Haga el favor de recordar que es una criada y que le pagan por ser respetuosa.

Temblando de rabia, esperó una respuesta. Pero no llegó. Kathleen había desaparecido. Sería inútil volver a llamar y, al fin y al cabo, ella había tenido la última palabra.

Retrocedió pasillo abajo, murmurando con tono indignado:

—¡Qué impertinencia! Tendré que deshacerme de ella; es una inútil.

En el comedor, se detuvo unos instantes junto al fuego, viéndolo por primera vez. Sí, por supuesto, ella y la señora Jessup solían trabajar ahí por las mañanas. Y ahora esa mujer le había dicho que la señora Jessup ya no vendría. ¿Algo sobre un ataque de nervios? ¡No, qué tontería! No era verdad. Lo recordaba perfectamente: la señora Jessup había acudido a ella para explicarle que le habían ofrecido un buen puesto en algún ministerio (por alguna razón desconocida, en tiempos de guerra siempre se producían ministerios, de modo que mucha gente aburrida conseguía empleos bastante buenos) y que, por el bien de su hijita, que debía permanecer en algún internado, tenía la sensación de que no podía negarse. Y ella le había dicho a la señora Jessup que lo entendía muy bien, que ni se le ocurriría interponerse en su camino... ¿de verdad había dicho eso? Era un tópico, pero a esa gente había que hablarle con palabras que pudiera entender. Y la señora Jessup, aunque guapa a su manera algo vulgar, no era muy inteligente. Debían buscarle a otra persona. Tenía que preguntarle a Kathleen al respecto.

Pero se detuvo en la puerta: aquella mujer horrible había sido grosera con ella cuando le había hecho una pregunta sensata sobre la señora Jessup y, si volvía a preguntarle algo, sería más grosera incluso. Se retorció los dedos delgados y fríos, y luego se quedó quieta, mirando a su alrededor y sintiendo que detrás de los muebles, debajo de la mesa, por todas partes en torno a ella, surgían las aterradoras apariciones de la Sospecha y la Tragedia.

Sí, la estaban observando, conscientes de que no tenía a nadie con quien hablar, de que se había quedado sola a la absoluta merced de una cocinera irlandesa analfabeta que la acosaba y le

gritaba, y que insinuaba que casi le había provocado un ataque de nervios a la señora Jessup. La situación era extraordinaria porque le había ocurrido precisamente a ella, una mujer que había conocido a todo el mundo, a todos los escritores de prestigio de Inglaterra. Y una artista por derecho propio. De no haber sido una artista, no habría percibido la tragedia. Era posible que hubiera visto la obra como algunas mujeres se sentaban en el teatro a ver *El rey Lear*, con los dedos hurgando en busca de bombones en la oscuridad, o con sus sentimientos sexuales despertados por la proximidad de sus acompañantes masculinos. Sí, había un montón de lerdos que no sabrían hasta qué punto era temible y monstruosa... hasta qué punto era grotesca, sí, «grotesca» era la palabra, como grotesca resulta una persona mutilada o idiota, la situación en la que se encontraba. Se hundirían sin un murmullo de queja en una larga y solitaria senilidad bajo el chasquido de sus agujas de tejer.

De haber podido sentarse allí en silencio, percibiendo la tragedia y sufriendola, habría podido asumirla de la única manera en que podemos asumir las desgracias: aceptándolas. Así, su vida interior habría tenido la oportunidad de resucitar. Pero su mente, que toda su vida había corrido con impaciencia hacia delante, buscando estímulos del exterior, y que ahora, en su trastorno, se veía aún más propensa a emprender el vuelo, no le dejaba ni un momento de calma.

No, puesto que consideraba intolerable la situación, no podía quedarse en calma y sola en su presencia: tenía que encontrar a alguien; tenía que haber algo, alguna forma de alivio. Miró a su alrededor y, como en un fogonazo, lo recordó. Por supuesto, ¡su gata! ¿Dónde estaba Lisa? Debía tener a Lisa.

Kathleen, enfrascada en preparar una tarta para el almuerzo en honor a la señora White, oyó de nuevo su voz en lo alto de las escaleras:

—Cocinera, ¿está Lisa ahí abajo? No encuentro a Lisa. La he buscado por todas partes.

Kathleen miró hacia la alfombra de la chimenea. No, Lisa no estaba allí. Pero como le hacían esa pregunta diez o doce veces al día, solía confiar en que su señora no se acercara más y respondía de modo afirmativo. Si decía que no, lo más probable era que armara la gorda y saliera corriendo a la calle en su busca y detuviera a los transeúntes para preguntarles: «¿Han visto a mi preciosa gata? Qué disgusto, la he perdido». Y su cometido era mantenerla de puertas para adentro siempre que fuera posible. Así pues, contestó:

—Sí, está aquí.

—La quiero. Bajaré a buscarla.

Kathleen sacó las manos de la palangana y fue rápidamente hasta el pie de las escaleras.

—¿Para qué quiere la gata? Parece contenta donde está. Déjela en paz, ¿quiere?

—La quiero. Y ya basta: es mi gata y estoy decidida a tenerla conmigo.

La histeria en su voz le advirtió a Kathleen que nada la detendría, de manera que volvió a su pastel. Enfrascada en amasar, cuando unos pasos se detuvieron junto a ella, dijo sin levantar la vista:

—La gata ya no está aquí. Se habrá escabullido a mis espaldas.

—¿Y por qué me dice que estaba aquí? Ya le he dicho que no me mienta en mi propia casa.

—No se altere. No es ninguna mentira que el animal estaba ahí hace un momento y que ahora no está. Se habrá escapado a alguna parte, ¿y por qué no?

—Le tengo dicho que no la deje salir a la calle, por si la atropellan. Esas fueron mis instrucciones. Si le pasa algo a Lisa, nunca se lo perdonaré.

—¿Qué va a pasarle? Supongo que habrá subido disparada a su dormitorio; le gusta ir allí de vez en cuando.

—Iré a comprobarlo. Pero ¿seguro que no está aquí? ¿Estará en la otra parte de la cocina?

—Vaya a ver, si quiere —concluyó Kathleen. Mientras extendía la masa con el rodillo, escuchó con atención y oyó:

—Estoy buscando a mi gata... oh, es usted la señora White, ¿verdad?

—Aquí no está, señora.

—¡Madre mía! Verá, me siento tan sola que necesito tener a mi gata conmigo. Lo entiende, ¿no? Supongo que tiene marido.

—Mi marido ha muerto.

—Entonces lo entenderá. ¿No se siente terriblemente sola? Por no tener a nadie a quien darle las buenas noches...

—Tengo a mis hijos.

—¡Hijos! Pero eso es distinto, ¿verdad? Yo nunca he tenido hijos. Y si los hubiera tenido, ya habrían crecido y me habrían dejado, ¿no? Soy una mujer mayor que usted. ¿Sabe que mi pelo se ha vuelto blanco?

La señora White no respondió a lo que le parecía una afirmación obvia. Kathleen se dio la vuelta y oyó:

—Así que la gata no está ahí... ¿Le importa si miro en su habitación?

—No, la gata nunca entra en mi habitación y no pienso permitir que husmee en ella. Que quede bien claro. Mi habitación es solo para mí, como ya le he dicho muchas veces.

Sorprendida por aquella repentina ferocidad, su señora tardó un poco en reponerse.

—Bueno, solo lo preguntaba. Porque me ha dicho que la gata estaba aquí abajo, ¿no?

—Le he dicho que estaba aquí, pero que ya no. Eso le he dicho.

—¿Está arriba, o ha salido?

—No lo sé. ¿Sería tan amable de permitir que siga con mi trabajo en paz?

—No quiero interrumpirla, cocinera. No hace falta que se ponga de mal humor. Iré a buscar a Lisa. ¡Pobrecita Lisa! Espero que no la hayan atropellado.

Subió por las escaleras con el ánimo inquieto de los vencidos que creen que existe una razón por la que no deberían haberlos vencido y que solo hace falta encontrarla. Por supuesto, las cocineras detestaban que las molestaran cuando estaban cocinando, y Kathleen, recordó, era irlandesa, y los irlandeses tenían fama de temperamentales, y acaso no era cierto, además, que a los celtas no se les daban muy bien los animales...

Abrió la puerta principal y exclamó hacia la fría mañana de enero:

—¡Lisa, Lisa...! Gatita, ven aquí. Gatita... Lisa, Lisa.

No había ni rastro de Lisa, y tampoco lo había cuando bajó hasta la verja y, abriéndola, miró carretera arriba y abajo. Echaría un vistazo en su dormitorio y luego tendría que ir en su busca. Pero debía ponerse un abrigo antes de salir a la calle, o aquella cocinera tan cascarrabias le gritaría, como recordaba que había hecho en cierta ocasión. ¡Como si fuera asunto suyo! Pero la vida se había vuelto patas arriba.

Subiendo el primer tramo de escaleras, se detuvo a mirar con curiosidad las fotografías firmadas de famosos que cubrían las paredes. Cuántas veces las había señalado, cada una con su pequeño escándalo asociado, pero ya no había nadie a quien enseñárselas. ¿Y de qué servían —era el pensamiento no formulado en el fondo de su mente— si ya no se exhibían? Pues qué sentido tenía, pensó al llegar al primer piso, tener invitados o visitar una misma; para qué acumular recuerdos, escuchar atentamente los cotilleos, saborear el gustillo del escándalo, formarse juicios acertados y llevar consigo, cual equipaje portátil, incontables incidentes reveladores de alcoba, tocador, mesa de comedor y salón, si al final una no tenía a nadie a quien entretener contándole esas cosas. Para qué se había tomado una toda la molestia de conocer gente si, en definitiva, no había nadie a quien impresionar... no, «intrigar» quizás era una palabra mejor y menos vulgar... intrigar mediante sus propios conocimientos.

Los famosos en sí, los que se habían sentido halagados al verse en sus paredes cuando acudían a cenar, ¿era posible que estuvieran todos muertos? El querido Henry, sí, ciertamente estaba muerto. Pero no recordaba si Burne-Jones estaba muerto. Si no lo estaba, entonces la había abandonado de un modo escandaloso, pues estaba segura de llevar meses, o tal vez años, sin verlo. Y, sin embargo, había estado enamorado de ella. Incluso se lo había llegado a decir, cuando la trajo a casa de una fiesta. Había querido pasar la noche con ella, por supuesto, pero ella solo se había reído. Tenía un buen cerebro, suponía; a su manera. Pero era rígido, práctico, se lo tomaba todo al pie de la letra. Habría sido como acostarte con tu mayordomo.

Pero incluso él, si pudiera encontrarlo e invitarlo a cenar, sería mejor que nadie. Mucho mucho mejor que nadie. Debía recordar pedírselo a su secretaria. Su secretaria era una mujer bastante guapa, pero muy dura, que se había divorciado de su marido, apellidado Jessup. Pero no había algo sobre... ¿seguiría viniendo?

Si no estaba ahí esa mañana, y desde luego no parecía estarlo, entonces debía hablar con la cocinera, por muy cascarrabias que fuera esa mujer. Debía preguntarle si había algo previsto, si vendría alguien a cenar o no. Ya casi nadie venía, se daba perfecta cuenta de eso. Y sobre la repisa de la chimenea no había tarjetas de invitación. Pero si no iba a venir nadie, sin duda podría invitar a alguien, sin duda habría alguien en todo Londres a quien pudiera invitar a cenar. A la cocinera se le daba bien la cocina aunque fuera una cascarrabias.

—¡Cocinera! —exclamó desde lo alto de las escaleras del sótano—. Cocinera, quiero hablar con usted, por favor.

La señora White, que salía por la puerta trasera con un cesto lleno de ropa para colgarla en el tendedero, notó un codazo en la espalda y, al volverse, vio a Kathleen.

—Salgo con usted y así le echo una mano. Esa vieja maligna ya anda llamándome otra vez, y como diga una palabra más sobre la gata, no respondo de mí misma. Lo hace por despecho, ¿sabe?

Su señora, presa de una repentina aprensión ante el silencio que reinaba al pie de las escaleras, bajó por ellas y corrió de la antecocina a la cocina, y luego se detuvo, escuchando con atención. Allí no había nadie. Recordó el dormitorio de la criada, llamó a la puerta y la abrió. Una ojeada en el interior le reveló que también estaba desierto, y la repentina certeza de que alguien le gritaría si la encontraba curioseando le hizo cerrar la puerta a toda prisa. De vuelta en la cocina, se quedó mirando a su alrededor, tratando de averiguar si había algún indicio de ocupación reciente. Veía un fuego, pero podían haberlo encendido y luego haberse marchado.

Así pues, ¿estaba sola? ¿Estaba completamente sola en la casa, sin nadie cerca? Ay, Dios mío, que no fuera así, rogó llevándose la mano al corazón. Porque ese era el coco al que más temía, la peor sombra de todas, el resorte que accionaba todas las sombras, que las coloreaba y las hacía farfullar ante ella. Vio que la puerta trasera estaba un poco entreabierta y se apresuró a abrirla y mirar hacia fuera. Con un alivio tan intenso que le hizo caer las manos flojas a los costados, distinguió las figuras de las dos mujeres, una sujetando alguna prenda con los brazos estirados, la otra buscando una pinza de la ropa en una caja en el suelo. Y como una niña que estaba perdida y de pronto ve una figura familiar y corre hacia ella, entró a toda prisa en el jardín.

Kathleen la vio primero.

—Ay, por Dios —murmuró, haciendo que la señora White mirara sorprendida alrededor. Luego, encarándose con la anciana que avanzaba, añadió—: Si está buscando a la gata, no está aquí, de modo que pierde el tiempo.

—No buscaba a la gata, la buscaba a usted; creía que se había marchado. Bueno, ¿y dónde está la gata?

—No lo sé. ¿Y qué quería de mí ahora?

Hubo unos instantes de vacilación antes de la respuesta, que por fin llegó, triunfal:

—Quería preguntarle por los compromisos de la jornada. Me dijo que mi secretaria no estaba aquí, así que usted es la única persona a la que puedo preguntarle.

—¿Qué quiere decir con «los compromisos de la jornada»?

—Vaya, pues que si va a venir alguien a cenar... No, diría que no tengo ninguna cita, ¿verdad?

—Que yo sepa, no. —Kathleen le dio la espalda y procedió a ayudar a la señora White, que estaba tendiendo una sábana.

Indignada ante aquel movimiento, ella espetó:

—Por favor, cocinera, preste atención cuando le pregunte algo.

—Pues pregúnteme algo que tenga sentido. No tengo tiempo para andar respondiendo a las preguntas de una loca.

La palabra prohibida había salido a plena luz de la mañana de colada del lunes: la sábana aleteaba como echándosela en cara; aparecía escrita en el cielo gris de Londres. Ahí captaba peligro, uno que su instinto le ordenaba esquivar.

—La verdad, cocinera, es que decirme que estoy loca porque le pregunto quién viene a cenar es bastante ridículo. La loca debe de ser usted.

—De acuerdo, pues lo soy yo. Y la respuesta es que no viene nadie a cenar, ni a otra hora tampoco. ¿Satisfecha?

—Ya lo creo, muy satisfecha.

Se alejó de ellas con dignidad y la cabeza bien alta. Aquello era demasiado, la verdad: cada vez que hablaba con esa horrible mujer se armaba una trifulca. Y que la llamara... pero no debía pensar en cómo la había llamado.

Subió por las escaleras y luego, asaltada por una idea repentina, entró con sigilo en la pequeña habitación del fondo, junto al cuarto de baño que daba al jardín. Con cautela, se posicionó a un lado de la cortina para espiar a las dos mujeres. Tenían las cabezas juntas: Kathleen hablaba y la señora White escuchaba. Hablaban de ella, por supuesto. Sería una tonta si esperara

otra cosa. El servicio siempre andaba chismorreando sobre sus patrones. Pero ¿por qué Kathleen había dicho «loca»? Ojalá no estuviera tratando de convencer a la otra mujer, de involucrarla en algún oscuro complot. Era absurdo pensar eso, pero los sirvientes siempre conspiraban. Como aquella terrible institutriz francesa sobre la que había escrito Sheridan Le Fanu, y el final consistía en un carruaje de alquiler, o un automóvil como sería hoy, y una mano tapándote la boca para ahogar los gritos. Las criadas que tendían la colada en un jardín trasero de Kensington cubierto de hollín podían ser espectros maléficos surgidos de ese mundo oscuro que se extendía bajo un cielo negro o rojo, que acarreaba la amenaza inmediata de truenos y relámpagos, de rayos como una daga de plata que desgarrara el mundo. En ese mundo monstruoso, que era un mundo de melodrama y elementos de atrezo y, sin embargo, también muy real, los sirvientes podían traicionarte como Yago traicionó a su señor, una podía pasar hambre y ser víctima de torturas, encerrada tras unas ventanas enrejadas donde nadie pudiera oír tus gritos. O si lo hacían, los gritos tenían una explicación: «Ya ves, está loca de atar». Una explicación monstruosa, pero que siempre satisfacía y tranquilizaba a los más bondadosos. Un mundo de melodrama, sí, pero que existía, como bien sabía Shakespeare, como bien sabían los novelistas del siglo XVIII... incluso hoy, en el XIX, ¿o era ya el siglo XX?

Sí, estaban en el siglo XX. Pero ¿en qué año? Su mente se relajó y se liberó de la tensión mientras intentaba dilucidar la fecha. Había una guerra en marcha, y la guerra había empezado en 1914. Pero no, en este caso se trataba, como no paraban de decirle, de una guerra muy distinta. Por lo tanto, era mucho más tarde que 1914. Sí, debía de ser en el siglo XX.

Un movimiento en el jardín captó su atención. Las dos mujeres volvían a la casa sosteniendo una cesta de ropa vacía entre ellas. Kathleen miraba al cielo; era una mujer muy guapa, y el mandil

rosa que lucía resaltaba el color de su tez. Pero era una mujer cruel, y quizás perversa. Ahora la veía bajo el mismo prisma con que el escéptico Otelo veía la belleza de Desdémona:

Oh tú, planta hermosísima y fragante  
que envenenas los ojos que te miran,  
¡ojalá nunca hubieras brotado!

Por supuesto, pensó apartándose con impaciencia de la ventana, no había comparación posible entre Kathleen y Desdémona. Kathleen no era «de gentil condición». Era una virago, una zorra irlandesa. Además, Otelo se había equivocado al sospechar de Desdémona, y ella no estaba en absoluto segura de haberse equivocado al sospechar de Kathleen.

Pero había estado pensando en otra cosa. ¿En qué? Tenía algo que ver con el tiempo. Euclides, recordó, estaba equivocado, y eso lo volvía todo más insustancial. Pero seguía habiendo fechas, y era importante, puesto que aquella mujer había tenido la osadía de afirmar sin rodeos que estaba loca, que supiera qué fecha era. Sin duda sería una de las preguntas que iban a hacerle. Y si no lo sabía, la enviarían directamente al manicomio de Bedlam. Tenía que haber algún tipo de calendario o almanaque en la casa. Iría de habitación en habitación en busca de uno.

Correteó escaleras arriba y abajo, paseando la mirada por las cuatro paredes de cada habitación. Era extraordinario que no hubiera un calendario en alguna parte, puesto que en Navidad mucha gente te mandaba calendarios, algunos de un gusto tan atroz que una los tiraba de inmediato al fuego o se los regalaba a los criados. Pero por lo general había un par que podían colgarse en el lavabo al menos y, por supuesto, debería haber uno en el estudio. Permaneció un rato ante su escritorio, revolviendo en viejos recortes hasta que los dedos se le pusieron rígidos de frío y se detuvo para preguntarse qué era lo que andaba buscando.

Buscaba una fecha, pero ¿qué fecha? Si alguien le preguntara de repente: «¿Qué busca?», ella respondería con delicadeza: «Busco tiempo». Porque era una tontería dividir el tiempo en días. Hay que dividirlo en fases, como «los alegres noventa», unos años en que una se había sentido llena de gozo. Fue entonces cuando había desafiado a la señora Grundy y cenaba en el Soho con periodistas y a menudo volvía a casa sola en coche de caballos. Fue entonces cuando había experimentado su gran pasión. Por Oliver Manning. Al pronunciarlo ahora, su nombre seguía significando más que cualquier otro nombre. Pero qué mal la había tratado... casándose, cuando su esposa había muerto finalmente, con aquella vieja francesa poco agraciada y sin ni siquiera mucho dinero. ¿Por qué? ¿Por qué? Al cabo de tantos años, ella seguía sin entenderlo. «Eres una mujer para quien el amor trae consigo la desdicha», había escrito él. Y: «Nos haremos mutuamente desdichados además de felices». ¿Y por qué no? Porque era un cobarde, como lo eran todos los hombres. Pero ella no había protestado; estuvo muy enferma y luego se había ido a París con aquella condesa irlandesa pintora, y se había sentado en los cafés a observar a la gente y a visitar la morgue... ¡oh, aquellas ventanas con el agua que las recorría sin cesar! Sí, era una estupidez contar el tiempo por días. Había periodos en los que te arrancaban el corazón, y luego largos periodos en los que volvía a crecer. Solo para verse arrancado una vez más, porque cuando ella era divertida y alegre y estaba de moda, Wallace había aparecido y amenazado con suicidarse. Y ella había sido víctima de la estupidez de las mujeres: de la estupidez que las hacía creer que podían salvar a los hombres.

Entonces había sido una mujer de mediana edad. Pero no pasaba nada si eras de mediana edad. Una aún podía bailar y coquetear como ella había bailado y coqueteado. Pero ser vieja era terrible. Porque entonces era indecoroso abrir mucho los ojos con expresión pensativa, y sostener la mirada de quien te miraba hasta que sus ojos empezaban a mostrar interés, hasta que algo

circulaba entre ambos, como queriendo decir: «Sí, tú eres una mujer y yo soy un hombre». ¿Cuándo había dejado de ocurrir? Le gustaría saberlo. ¿Cuándo su mirada, la de quienquiera que fuese, no había expresado más que una cortés atención? ¿O, peor incluso, se había desvanecido en una especie de desmañada vergüenza?

Eso le gustaría preguntarle a Dios, si existía. ¿Por qué las mujeres pasaban años aprendiendo a ser mujeres, convirtiéndose en expertas en la adulación y el encanto? Y luego, durante años, una era una anciana de pelo blanco y cuello chupado a quien los hombres no deseaban amar. Bueno, ella los había mantenido ahí, mediante la conversación y teniendo siempre una buena cocinera. Pero entonces le habían jugado otra mala pasada: su memoria se había extraviado, coronando colinas y descendiendo al fondo de valles, con el resultado de que una ya no era muy divertida; era, de hecho, una pelmaza. ¿Cómo era posible, Dios? ¿Era todo eso justo?

No, era tan injusto que le costaba no imaginar una conspiración contra ella. Sus enemigos, personas a las que había molestado diciendo cosas divertidas, pero cosas que, por supuesto, habían resultado indiscretas porque naturalmente se repetían; sus enemigos se habían reunido para dejarla en manos de su cocinera, una mujer cruel y vulgar, de la que solo podía decirse que sus salsas estaban bastante buenas. De modo que se acabó la conversación, se acabaron las fiestas y los coqueteos, se acabó todo excepto que seguía siendo tan ligera como siempre, y por lo tanto todavía podía bailar, aunque fuera sola.

Y para demostrarlo, sujetándose la falda de su fino vestido negro, arrancó a bailar tarareando para sí el estribillo del vals de *La viuda alegre...* Y así siguió, bordeando los pies de la cama, meneando levemente las caderas, inclinando la cabeza de vez en cuando, imaginando que sostenía un abanico, imaginando que el brazo de un hombre le sujetaba la pequeña cintura, que la banda

era seductora y la pista excelente, que su pareja empezaba a estar un poco enamorado de ella y murmuraba algo sobre lo bonitos que tenía los ojos. Hizo una pausa para respirar y luego se deslizó y se balanceó una vez más, bailando sin parar al son de la música que había sonado años atrás.